



**Gustavo Adolfo Bécquer**

## **La Caridad**

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Gustavo Adolfo Bécquer**

## **La Caridad**

El cólera desaparece, la tranquilidad renace y el pueblo de Madrid, como si despertase de una larga y fatigosa noche, vuelve a su actividad acostumbrada.

Pronto, tal vez al mismo tiempo que estas desaliñadas líneas llegan a manos de nuestros lectores, las campanas anunciarán la fausta nueva enviando al cielo fervientes oraciones de los fieles.

¡Cuán dolorosas y profundas huellas deja de su paso el terrible azote al desaparecer de entre nosotros, no hay necesidad de encarecerlo; lo dicen con harta elocuencia las lágrimas frescas aún en las mejillas de tantos desgraciados como lloran y llorarán todavía largo tiempo la pérdida de seres queridos; lo dice el luto general que a todas partes que volvemos los ojos encontramos, hablándonos del oculto dolor que simboliza y reavivando en la imaginación tristes y aún no borradas memorias!

No obstante, ahora, como siempre, del dolor ha surgido una consoladora esperanza; ahora, como siempre, la adversidad ha revelado en el pueblo de Madrid condiciones tales de heroísmo y de virtud, que el placer que proporciona su espectáculo aminora el sentimiento y hace más llevaderas las desgracias que han contribuido a ponerlas de relieve.

No indagaremos nosotros la causa, no culparemos a nadie, porque ni la índole de nuestra publicación lo permite, ni aunque lo permitiese conviene ahora a nuestros propósitos; pero no es posible poner en duda que al recrudecerse la epidemia que ha afligido a la capital de la monarquía hemos atravesado por momentos críticos y horribles, cuya prolongación amenazaba una gran catástrofe.

Los que lo hemos presenciado no lo olvidaremos jamás. Hubo un momento en que el azote llamó a las puertas de la miseria envenenando con su hálito ponzoñoso la atmósfera de esos hediondos tugurios en que se hacinaban sus hijos; hubo un momento en que la solicitada a la vez de todas partes, la administración se encontró insuficiente para atender a un tiempo a tantos dolores; hubo un momento de horrorosa incertidumbre, de verdadero pánico, en que se sobrecogieron los ánimos más serenos, en que vacilaron los más firmes, y una gran parte de la población huyó espantada, mientras otra no sabía adonde volver los ojos en tan angustiosas circunstancias. Por fortuna, en aquellos mismos momentos, cuando la inteligencia del hombre, llena de estupor ante el incomprensible fenómeno, buscaba en vano su misteriosa explicación; cuando la ciencia, sintiéndose impotente para combatirlo, doblaba la cabeza, confusamente, ante el doloroso azote; cuando la impresionable multitud se sentía presa de un desaliento y un terror profundos, creyéndose herida por los golpes de un implacable ministro de la cólera del cielo, el ángel de la Caridad, surgiendo, de improviso, como un rayo de luz que venía a iluminar aquella

horrible noche, avivó la fe de los unos, reanimó la esperanza de los otros, y dando principio a su gigantesca y sublime lucha con la Miseria y la Muerte, lucha de que, al fin, había de salir triunfante, vino a ofrecer al resto de España el espectáculo de un pueblo que, abandonado a sí mismo, sabe hacerse superior a sus desgracias, encontrando en la abnegación y el desinterés de sus hijos recursos instantáneos para las necesidades, bálsamo y consuelo para todos los dolores.

Si nos fuera posible trazar el cuadro lleno de rasgos sublimes y de conmovedores detalles que han ofrecido las diferentes clases de la sociedad al unirse espontáneamente para llevar a cabo su santa misión, escribiríamos una de las más hermosas páginas de la historia de un pueblo, que tan brillantes las tiene ya en sus anales gloriosos. Pero no es posible: no basta la imaginación a abarcar, ni hay pluma que pueda describir tantas escenas conmovedoras como se han desarrollado a nuestros ojos durante esos inolvidables días. Ya mostrándose en forma de asociación por medio de los amigos de los pobres, ya guiando con celeste iniciativa el generoso impulso de los sentimientos individuales, enérgica, activa, poderosa como la terrible epidemia que iba a combatir, la caridad, hija del cielo, se ha engrandecido, se ha multiplicado, ha hecho, en fin, patente que es la más grande y la más fecunda virtud que existe en la tierra.

Las fatigas más rudas, el temor al contagio, el espectáculo de las miserias más inconcebibles, antes que a desanimarla y vencerla han servido para fortificar su fe avivando y haciendo más intensa la llama de inextinguible amor que la consume.

¿Qué inmensa abnegación, qué inquebrantable fortaleza de espíritu, qué fe tan ciega no habrá necesitado para seguir, constante y animosa, por tan áspero sendero, para no retroceder, llena de pavor y desaliento, ante la gigantesca obra que había acometido? ¿Hasta que no se levanta por un acaso el velo que, cubre ciertas horribles e ignoradas escenas; hasta que no se desciende a respirar un momento la corrompida atmósfera que respiran las últimas clases sociales; hasta que no se ven realmente y en toda su horrible desnudez ciertos dolores cuya pintura nos parece luego exagerada; hasta que una de estas inopinadas catástrofes, revolviendo el légamo del fondo, no viene a empañar la aparente limpidez de las aguas en que vemos retratarse como en un espejo la risueña imagen del bienestar de la vida; hasta entonces, repetimos, no puede calcularse cuán profundo es el abismo de la miseria que hay oculto a nuestros pies, cuán inmenso campo queda aún a la caridad para ejercitarse en sus piadosas obras, qué raquíticos y qué insuficientes son los medios de que la filantropía oficial dispone para extirpar de raíz el cáncer que nos corroe las entrañas!

Hoy que la causa que ha hecho ver más claras esas tristísimas miserias ha desaparecido; hoy que el público de Madrid puede apreciar con ánimo más reposado y sereno la gran victoria que los oscuros y generosos soldados de la caridad han conseguido con sus incansables esfuerzos contra el duro azote que ha llenado de consternación una gran parte de la península; hoy que se tocan los efectos maravillosos del celo que lo prevé y lo detiene, de la abnegación que lo busca y lo combate y del desprendimiento que hace menos amargas sus consecuencias, debemos unir nuestra humilde voz a la de los hombres pensadores que, encontrando en el

fondo de las más dolorosas calamidades una fuente de experiencia y enseñanza, piden que no pase desapercibido, ni se olvide tan sublime ejemplo.

Al consagrar una de nuestras páginas al glorioso recuerdo de tantas y tan heroicas acciones como hemos presenciado; al dar desde las columnas de nuestro periódico al generoso pueblo de Madrid una entusiasta muestra de la profunda admiración que su conducta nos inspira, abrigamos la esperanza de que su inagotable caridad no se habría despertado más viva y más ardiente que nunca para brillar con tan intenso esplendor un punto y amortiguarse luego.

En vano al llenar otra vez el aire los alegres rumores de la vida activa; en vano al sentirnos arrastrados otra vez por el torbellino de las pasiones podrá tratarse de olvidar los horribles misterios que se han hecho claros al penetrar en esas viviendas miserables e infectas, donde viven respirando una atmósfera emponzoñada y luchando con el hambre y la desnudez millares de seres a quienes sólo sus hermanos pueden tender una mano piadosa.

Los cálculos de la ciencia económica, los desvelos de la administración, los esfuerzos de los gobernantes han sido y seguirán siendo impotentes para la resolución del pavoroso problema de la miseria social, que, como la esfinge de Edipo, amenaza devorar a las naciones que no acierten a descifrar su oscuro enigma. Sólo queda un camino abierto, sólo queda una doctrina: el camino que nos trazó el divino Maestro, que sobre la piedra de la caridad echó los sólidos cimientos de la civilización moderna: la doctrina que Él mismo predicó a sus discípulos por medio de un hermoso símbolo cuando, para hacerles comprender hasta qué punto la caridad puede realizar imposibles, dio de comer con cinco panes y cinco peces a millares de hombres.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**